

México hoy, en el nuevo entorno internacional*

*Jesús Silva Herzog***

Es motivo de muy especial agrado participar en ésta, la última Tribuna Americana, dentro del programa México Hoy, en la Casa de América de Madrid, que ya sentimos nuestra casa.

En Tribuna, durante las últimas cinco semanas, hemos repasado varios temas importantes en el México de hoy: reflexiones sobre la comunidad iberoamericana, indigenismo e identidad, la mujer en México, el reto de la gran metrópoli de la Ciudad de México, el proceso de apertura y reforma económica reciente, la educación y la influencia española, y la conmemoración del V Centenario.

Además, en el otro programa de nuestra presencia en la Casa de América, en el Ateneo Americano, se ha desplegado un gran esfuerzo hispanomexicano para mostrar al público español diversas manifestaciones culturales y artísticas de la realidad actual de nuestro país.

En artes visuales, han estado presentes valores ya consagrados y una muestra de jóvenes de vanguardia, vinculados todos a las corrientes internacionales del arte. Asimismo, se han mostrado ejemplos de arte popular y viejas tradiciones clavadas en el quehacer mexicano, como el altar de muertos que se instaló.

Tres aspectos de la música actual se dejaron escuchar en este recinto: instrumentos prehispánicos, creación contemporánea y música de fusión con manifestaciones urbanas de la Ciudad de México.

En las expresiones teatrales, sobresalió la combinación de artes escénicas, con música y poesía, dentro de un marco renovador y moderno.

Una muestra retrospectiva del cine mexicano se sumó a la de los nuevos realizadores (tan reciente, como alguna de los últimos meses), aunados a ejemplos de la producción televisiva de los últimos 10 años.

* Conferencia de clausura de la Tribuna Americana, dentro del programa México Hoy. Casa de América, Madrid, 23 de octubre de 1992.

** Embajador de México en España.

En literatura, jóvenes mexicanos nos han expuesto sus inquietudes presentes, en narrativa y en poesía.

La presencia de México en España se ha hecho más vigorosa con este programa que, en su conjunto, ha sido un éxito. La asistencia del público ha superado, en casi todos los casos, las expectativas. Nuestro reconocimiento y gratitud a todos aquellos —en ambos lados del Atlántico— que lo han hecho posible.

Hace meses se tomó la decisión consciente de mostrar un México distinto al conocido de manera tradicional. Hubo algunas sorpresas del visitante, al no encontrar el color de Tamayo, las figuras prehispánicas o la música tradicional. De eso se trataba: mostrar lo nuevo, romper con estereotipos; mostrar al México de hoy.

Y ése es, en esencia, el tema de esta charla.

México hoy, es diferente al de hace sólo unos cuantos años. El cambio ha sido profundo y ha tenido lugar en un plazo muy breve. Tal vez, demasiado corto.

Hace 10 años éramos un país en crisis. Nos tocó el difícil papel de hacer estallar la crisis de la deuda externa. La inflación amenazaba con caer en cauces hiperinflacionarios, el desequilibrio fiscal era mayúsculo, las reservas internacionales se habían agotado y, lo más importante, la sociedad había perdido la confianza no sólo en la moneda, sino en las instituciones y en el futuro.

El camino a la normalidad no ha sido fácil. Ha requerido un gran esfuerzo de toda la sociedad. Un programa de ajuste económico y reforma estructural, iniciado hace una década, sostenido e impulsado en fechas recientes, nos ha permitido salir del bache, corregir los problemas más inmediatos e iniciar un cambio radical en materia de política económica. En realidad, ha tenido lugar una reforma profunda, casi una revolución silenciosa y pacífica.

Dos cambios sobresalen por su trascendencia y significación. El primero se refiere al papel del Estado y, el segundo, a nuestra relación comercial con el exterior.

El enorme déficit gubernamental de hace 10 años (17% del PIB), se ha convertido en un superávit estimado de algo menos de 1% del PIB para 1992. Este hecho nos coloca en la lista de los muy pocos países del mundo que tienen saldos positivos en sus finanzas públicas. Por supuesto que este resultado ha requerido actuar del lado del gasto y del ingreso; en este último campo, enormes avances han tenido lugar, sobre todo en los últimos años, en una mayor conciencia fiscal por parte de los contribuyentes.

El proceso de privatización de empresas públicas se inició, de manera prudente y gradual, en 1983. En años más recientes se ha actuado con mayor celeridad —tal vez excesiva— en esta materia. Hemos vendido las aerolíneas,

ingenios azucareros, las empresas siderúrgicas, la compañía de teléfonos, los bancos y seguros, las minas, etcétera. Con toda la justificación económica que se quiera y después de largas décadas de una estrategia contraria, el cambio ha sido radical y, en ocasiones, ha resultado difícil de absorber por parte de la sociedad. Por cierto, el producto de la venta de estas empresas, una cifra que se acerca ya a los 20 000 millones de dólares, ha sido utilizado para reducir la deuda pública, interna y externa, de modo considerable.

Hemos pasado de un Estado propietario, a otro que busca cumplir mejor con sus responsabilidades esenciales y, al mismo tiempo, alentar el aporte del sector privado. Lo difícil será encontrar el equilibrio adecuado entre crecimiento y equidad, en un país que padece todavía grandes carencias sociales.

Durante muchos años hemos sido una economía cerrada y altamente protegida; era necesario para dar los primeros pasos en la industrialización del país. La política de sustitución de importaciones se mantuvo por un tiempo excesivo y, además, el mundo externo cambió. Era indispensable modificar la estrategia. Había que alentar las exportaciones de bienes y servicios y buscar la mejor inserción posible en los mercados mundiales.

Hoy somos una de las economías más abiertas del mundo. Nuestras posibilidades económicas futuras dependen, en alto grado, de nuestra capacidad para exportar y para atraer capitales de afuera. En este contexto, resulta más claro entender la negociación de un tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá. Hace apenas unos años era ésa una idea que se descartaba con facilidad.

Así como fuimos los pioneros en la crisis, lo fuimos también en los primeros pasos de la recuperación y en el retorno al crecimiento. En el último trienio, la actividad económica ha crecido por encima del aumento de la población y ha permitido una modesta elevación en el ingreso por habitante, a pesar de un escenario externo poco favorable. El descenso de la inflación ha sido notable. La recesión internacional ha afectado, por supuesto, los niveles de actividad en los meses más recientes. Por cierto, hace tres días se anunció una nueva etapa anual del pacto social entre empresarios, trabajadores y gobierno —instrumento fundamental en todos estos esfuerzos— reiterándose el objetivo prioritario de continuar la lucha contra la inflación en 1993, con un crecimiento modesto de la economía.

La crisis y los esfuerzos para salir de ella han tenido un elevado costo social. El salario real ha descendido y existe un deterioro en los indicadores sociales; es posible —no tenemos información fehaciente— que la distribución del ingreso haya empeorado. La corrección de estos problemas no será, tampoco, fácil ni en el corto plazo. Tomará tiempo y esfuerzo, y acción deliberada.

Durante todo este tiempo, el papel de México ha sido relevante y no ha sido poco frecuente que se nos señale como pauta a seguir. Papel no buscado y difícil de desempeñar, sobre todo si se reconoce, como debe hacerse todos los días, que las cosas cambian y que no hay logros definitivos ni permanentes.

La reforma económica de México —con toda su trascendencia— no es un esfuerzo aislado, sino que ha formado parte de toda una estrategia global de modernización del país, que abarca otros campos importantes del quehacer nacional. Con visión y espíritu audaz se han roto viejos moldes, tabúes y ataduras tradicionales.

Aquí, en estos otros campos, también el México de hoy es muy diferente al de hace apenas unos años.

El sistema de tenencia de la tierra ha sido modificado, con vistas a elevar la productividad agrícola, rezagada desde 1965. Después de casi un siglo y medio de no tener vínculos diplomáticos con el Vaticano, los hemos establecido recientemente y se han modificado las relaciones con la iglesia. El sistema educativo —altamente centralizado— busca ahora una mayor desconcentración para atender mejor las enormes necesidades de los niños mexicanos. El capital extranjero, visto siempre con algo de desconfianza, es hoy bienvenido y alentado. La relación con nuestro vecino del norte atraviesa su mejor etapa. Nunca como ahora habíamos señalado tanto nuestra presencia en el exterior, en el terreno comercial, financiero y cultural. En el campo político, aun cuando hay voces que consideran que lo hecho no es suficiente, aumenta la presencia de gobiernos de oposición, en distintos niveles, en claro reflejo de una sociedad plural y activa.

Todos estos cambios, impulsados por el gobierno, han repercutido en la sociedad. Existe una actitud nueva, diferente. No necesariamente mejor, sino sólo distinta. Hace unas semanas recibí en mi oficina de Madrid a un artesano-zapatero de un pequeño pueblo del Estado de México. Venía a ver las instalaciones y los modos de producción de Valencia y Alicante y a platicar con posibles socios. A pesar de sus años, nunca había salido del país. Me reiteró su convicción de que era necesario salir, ver otras cosas, aprender. Sólo así podría competir y sobrevivir. Fue un ejemplo claro de esa nueva actitud, que se extiende a muchos sectores y regiones, y que podría englobarse en la certeza compartida de que, en esencia, es necesario hacer mejor las cosas.

Es indudable que el México de hoy está más vinculado con el entorno internacional que antes. El mundo se ha hecho más pequeño y somos más interdependientes. Lo que sucede aquí repercute allá y viceversa. Además, estamos más abiertos y cuando se tienen ventanas abiertas, el viento y los cambios de temperatura entran y salen con mayor facilidad.

Los cambios en el mundo han sido inimaginables. Estamos, también, frente a un mundo nuevo. La caída del muro de Berlín, el desplome de las economías socialistas, la terminación de la guerra fría, la formación de un mundo con hegemonía unipolar, todo ello, nos hizo pensar en una era de paz y prosperidad compartida. Han resurgido los nacionalismos y las luchas étnicas; ante nuestros ojos, algunos países se desmoronan. La economía mundial en 1992, por primera vez en muchísimos años, va a registrar una caída en el valor de la producción total y los países industriales padecen de una recesión —crisis, desaceleración, atonía—, más o menos profunda y prolongada; asimismo, las perspectivas a corto plazo no son favorables.

Los países tradicionalmente proteccionistas toman medidas audaces de liberalización comercial, mientras los pregoneros del libre cambio mantienen y refuerzan medidas de protección. Situación, sin duda, paradójica.

Los enormes capitales financieros se mueven en un ambiente de libertad y ponen en jaque a los bancos centrales, los cuales, en algunos casos, se han visto forzados a establecer controles de cambio temporales. Las deficiencias en la coordinación de políticas financieras se hacen evidentes y plantean retos formidables.

El país más poderoso de la tierra mantiene su hegemonía militar, cultural y política; al mismo tiempo, es el mayor deudor del mundo. Aparece en la escena un imperio "pobre" y necesitado del ahorro del resto del mundo.

Por cierto, en la próxima década nos vamos a enfrentar a una escasez de ahorro en el mundo; ello intensificará la lucha por atraer capital.

Por otra parte, el multilateralismo está en crisis y volvemos al trato bilateral o entre unos cuantos. La formación de bloques económicos regionales es nota distintiva: la Comunidad Europea, Estados Unidos y Canadá, y Japón con los países del sureste asiático.

En este escenario complicado y altamente dinámico, ¿cómo se ubica un país como México y qué retos y oportunidades enfrenta? Hagamos algunas consideraciones dentro del reconocimiento que, en los próximos años, aumentará, de modo considerable, la importancia de las cuestiones económicas dentro de las prioridades de política exterior de la mayoría de los países.

1. A pesar de la mayor influencia de los factores externos, el avance estará determinado por el esfuerzo propio, por lo que hagamos los propios mexicanos. "Nadie hará por nosotros, lo que nosotros no hagamos por nosotros mismos", dijo hace más de un siglo, Benito Juárez.

2. Las tendencias observadas durante los últimos años y las perspectivas para los próximos, sugieren que las relaciones entre los países industrializados del norte se estrecharán. La escena mundial estará dominada por Estados Unidos, Europa—con importancia alemana creciente—y Japón. En otras palabras y como ha sucedido en el pasado, las relaciones norte-norte seguirán prevaleciendo, incluso más que antes.
3. La importancia relativa de los países en desarrollo seguirá declinando durante la próxima década. Dentro del complejo y heterogéneo universo de este grupo de países, sólo unos cuantos recibirán atención preferencial de los grandes centros de decisión. En América Latina, México será uno de ellos.
4. El complejo entorno mundial ofrece a México la oportunidad única de determinar sus relaciones exteriores, con una perspectiva de largo plazo, defensa de los intereses nacionales y enfoque audaz y pragmático. Desde luego, esta determinación no consiste en elegir un camino y desechar otros, sino aprovechar diversas oportunidades, de manera simultánea.

Las cuatro alternativas que se ofrecen a las relaciones exteriores de México son: Estados Unidos, Japón, Europa Occidental y América Latina. Ninguna es excluyente y cada una ofrece diferentes oportunidades y... riesgos.

Además, la recuperación lograda de la buena voluntad internacional, la presencia externa creciente y la imagen positiva actual, nos permiten reconfigurar y proponer un nuevo enfoque de nuestros intereses internacionales.

5. Nuestra posición geográfica y una estrecha relación histórica, aunadas al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, harán que aumente la tentación para concentrarse cada vez más en el norte y, sobre todo, reforzar los lazos con Estados Unidos. La creciente integración con este último —la silenciosa, que ha sucedido casi sin darnos cuenta en los últimos lustros, especialmente en la frontera norte, y la deliberada, la que será impulsada por el propio Tratado de Libre Comercio— puede acelerarse. Sin embargo, existe la posibilidad y la necesidad de diversificar las relaciones internacionales. Esta alternativa requiere convertirse en prioridad señalada y recibir el apoyo necesario a los más altos niveles de la administración, como se está haciendo. "Nuestra estrategia fundamental —señaló hace un año el presidente Salinas de Gortari— ha sido la de diversificar las relaciones externas."

6. Los lazos de México con Europa son antiguos y fuertes. México tiene prestigio en Europa y los cambios recientes en el manejo económico han recibido una buena acogida. Las posibilidades de intensificar nuestros vínculos de toda índole con una Europa integrada parecen prometedores y necesarios. España, por razones históricas y emocionales, puede ser un vehículo poderoso para este vínculo más estrecho y dinámico. Sin embargo, hay que reconocer que Alemania Federal, con su poderío ensanchado, puede representar la clave de los resultados.
7. Del otro lado del Pacífico y dada su estrategia selectiva, Japón tiene el objetivo de incrementar las relaciones preferenciales con México y Brasil y, en cierta medida, con Argentina y Chile. México puede convertirse en un punto interesante de reexportación hacia Estados Unidos. Empero, en virtud de la compleja y cada vez más difícil relación entre Estados Unidos y Japón, México puede enfrentar riesgos y oportunidades. No obstante, tal parece que en los años noventa los vínculos entre México y Japón se estrecharán, convirtiendo al primero en una de sus principales opciones futuras, fuera de su área directa de influencia.
8. Con América Latina tenemos una relación económica modesta. Algo menos de 5% de nuestro comercio se lleva a cabo con el conjunto de países latinoamericanos. No son cifras que conduzcan al desaliento; por el contrario, muestran las enormes posibilidades existentes. Los países del sur del hemisferio ven a México más cerca de Estados Unidos que de ellos. Hay que modificar esta percepción. Nos conviene no sólo en lo económico y comercial, sino para elevar nuestra capacidad de negociación con los otros actores mundiales.

El acuerdo de libre comercio suscrito con Chile hace poco más de un año, representa un ejemplo de lo que puede lograrse con otros países. En este sentido, son alentadores los avances registrados con Colombia y Venezuela, así como con el área centroamericana.

Además, la renaciente comunidad iberoamericana significa, sin duda, un impulso poderoso para estrechar estos vínculos necesarios. Representa, como lo dijo aquí mismo el canciller Fernando Solana en la inauguración de esta Tribuna: "un excepcional esfuerzo de nuestros países por recuperar tiempos perdidos".

9. La elección de un socio regional o geográfico adecuado —o de varios— debe armonizarse con una buena comprensión de las necesidades y prioridades estratégicas del país en las próximas décadas. El acceso a la

tecnología, a nuevos flujos de capital de inversión y a los mercados mundiales de exportación será crucial. Algunos centros ofrecen mejores posibilidades para captar ahorro externo, otros tienen un mercado más prometedor y algunos disponen de una tecnología más acorde a nuestras necesidades.

Por ello, la combinación formada entre el socio regional o geográfico adecuado y las prioridades de desarrollo —capital, comercio y tecnología— determinarán —con un sentido común y pragmático— al patrón de las relaciones exteriores de México en el futuro.
